ANDALUCIA EN LA OBRA DE QUEVEDO

Por

Antonio López Ruiz

I.— LOS VIAJES ANDALUCES

INTRODUCCION

Se intenta en estas páginas un acercamiento, desde Andalucía, a la relación que con esta tierra y sus habitantes pueda deducirse de los escritos de Quevedo. No se emplea el término Andalucía en su sentido restringido (Jaén, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva), sino que se incluye también en él al Reino de Granada (Almería, Granada y Málaga).

La primera comprobación que se obtiene al revisar sus textos es el ya conocido y escaso interés literario por la tierra o el paisaje, andaluz o de cualquier otra región, salvo para aplicarle su procedimiento deformador o transfigurador, según los casos. Incluso en versos más líricos y descriptivos, como los dedicados al Yelmo, cerca de Segura de la Sierra y fuente del Guadalquivir y del Mundo, a la visión real se mezcla el plano mitológico y, al final, el recuerdo habitual de la amada: cierta Belisa en este caso, de la que poco se sabe y que debía de vivir en aquel lugar de Jaén.

Don Francisco siente más interés por los hombres: rufianes sevillanos, aristócratas, eclesiásticos o escritores. Como otros ámbitos geográficos, también Andalucía es vista como un conjunto de señoríos pertenecientes a unos nobles con los que le interesa mantener cierto grado de amistad o relación o con los que resulta inevitable algún nivel de confrontación polémica.

Las fuentes de conocimiento de lo andaluz son, para Quevedo, diversas. En primer lugar, lecturas de obras como la *Historia de la rebelión y castigo de los moros de Granada,* del «docto Luis de Mármol» (FBP, 496), o la *Historia de Sevilla* de Alonso Morgado (ib. 500). Su *España defendida* nos orienta en este sentido, así como sobre sus preferencias literarias, entre las que no faltan escritores andaluces, como Juan de Mena, Fernando de Herrera o Fray Luis de Granada. Ni el interés por temas como el de las reliquias de Granada, «fábulas y sueños» innecesarios para refuerzo de la verdad (ib. 513b).

En segundo lugar, el contacto físico con las tierras andaluzas, durante sus viajes, el más conocido de los cuales es la jornada real de 1624. Finalmente, su relación personal o epistolar y sus polémicas con gentes de este ámbito meridional.

En estas páginas iniciales nos ocupamos solamente de los contactos de Quevedo con el medio ambiente andaluz.

1.—LA TORRE DE JUAN ABAD, ATALAYA FRONTERIZA

Su situación en «el antiguo camino real de Madrid a Andalucía, dos leguas antes de llegar a Sierra Morena» (FBV, 1.106a), hacía de la Torre de Juan Abad un estratégico observatorio del diario tráfago de carros y arrieros, de «trajinantes de Granada y Sevilla, manchegos y castellanos», así como paso de viajeros más o menos ilustres, de cuya visita deja Quevedo testimonio en su correspondencia personal (E. 373, 381, 389, 472, 477). Solían éstos detenerse en la venta del Villar y con frecuencia visitaban a don Francisco y lo mantenían informado sobre los diversos aspectos de la vida a uno y otro lado del límite Jaén-Ciudad Real.

Aunque dependiente del arzobispado de Toledo y bajo la jurisdicción inmediata de Villanueva de los Infantes, las apelaciones en los juicios, después de ir en primera instancia al gobernador del partido de Montiel, pasaban «al príncipe en su chancillería de Granada» (FBV, 1.110a), lo que obligaba a mantener importantes relaciones con la ciudad del Genil.

Es natural, dada su cercanía, que la zona andaluza más conocida y visitada por Quevedo fuese la comprendida entre la línea divisoria provincial y el cauce del Guadalquivir. Allí vivía su pariente y amigo don Sancho de Sandoval, residente en Beas de Segura, y no lejos de allí residió durante muchos años don Alonso Messía de Leiva, excelente amigo de don Francisco y agente del duque de Medinasidonia, en la época de su enfermedad final y muerte en Villacarrillo. Residía en Segura de la Sierra, lugar del que dice Quevedo: «Lástima tengo al señor don Sancho, que en este tiempo ha subido a Sigura, que es un corcovo del mundo, y yo conozco bien las costumbres del Hielmo aun por agosto.» (E. 476). A pesar del clima, parece que por aquella región y en compañía de estos amigos participó en diversas excursiones cinegéticas.

Los primeros contactos de Quevedo con la aldea no tuvieron lugar, sin embargo, hasta bastante tarde, en 1613, cuando el escritor tenía ya 33 años y poco dinero; en cualquier caso fue muy breve antes de la etapa italiana, al servicio del noble sevillano don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna.

Al regreso de Italia, volvió a la Torre en diversas ocasiones (confinamientos, breves viajes de ida y vuelta desde Madrid) hasta 1623, fecha en que se instala en la Corte. Desde 1628 a 1635 sí viaja esporádicamente a su aldea, en la que se encuentra a menudo a partir de esta fecha y hasta principios de 1639, año al final del cual es encarcelado en San Marcos de León. Puesto en libertad, sólo pasa en la Torre los dos últimos meses de 1644, antes de trasladarse a Villanueva de los Infantes, donde moriría el 8 de septiembre de 1645.

Además de este contacto fronterizo, Quevedo viajó por Andalucía: en sus tiempos de estudiante en Alcalá, viaje mal documentado; en la jornada real de 1624 y, sólo con la imaginación, el recuerdo y la esperanza, sin moverse de Villanueva de los Infantes, en los meses de lucha contra su enfermedad final.

Por estos viajes andaluces, pues, empezamos.

2.— PRIMER VIAJE EN 1599

La primera versión, viva y deslumbrante, de Andalucía debió de llegar a Quevedo en la voz, el comportamiento, la audacia y la temeridad del duque de Osuna, durante el verano de 1599, en Alcalá de Henares, si nuestra hipótesis se confirma de modo definitivo.

Nos referimos a la huída de ambos hacia las tierras andaluzas del duque, después de haber éste sostenido, al menos, dos duelos «en la plaza del mercado y en el llano de palacio», suceso al que don Pedro alude en carta auténtica a don Francisco, escrita en Nápoles el 12 de junio de 1617 (E. 57).

En varias ocasiones nos hemos ocupado de este intrigante tema *(Quevedo y los franceses.* Ed. Cajal, Almería, 1980; *Quevedo: quince años y medio de prisiones,* en los *Anales* del CUA 1982, (1984), y algunos artículos divulgativos en *Andarax,* Almería, números 16 y 19). Con los datos de que disponemos creemos justificado concluir que, realizados los desafíos a pesar de la severa legislación sobre el duelo, y después de algún momentáneo refugio en alguna iglesia, debieron ambos turbulentos amigos de huir hacia Sevilla y Osuna y de permanecer allí cierto tiempo antes de ser descubiertos y recluídos: el duque, «recogido» en Arévalo (CC, 67) y Quevedo, lógicamente y por su condición de universitario, en las dependencias carcelarias de la universidad de Alcalá de Henares. La limitación de su libertad duraría, si no estamos equivocados, hasta su mayoría de edad (QQA, 63-66).

Se conoce la intervención de la marquesa de Denia y duquesa de Lerma en favor de Quevedo y, seguramente, de don Pedro. Pero esta gestión no tuvo lugar inmediatamente, puesto que, según Ariño (SS 110-112), se encontraba en Cádiz ante la próxima maternidad de su hija, esposa del conde de Niebla. A esta intervención se refiere don Francisco en carta al duque de Medinaceli el 25 de febrero de 1636 («...y porque debo la vida a su agüela, tia de vuecelencia...»: E. 378).

Al regreso de Cádiz, se encontraba la duquesa en Sevilla a mediados de octubre, según el antes citado Ariño, y los festejos con los que era obsequiada hubieron de suspenderse ante la noticia de la muerte de la recién nacida. Llegada a Madrid, sus gestiones no debieron de culminar hasta después de finalizado octubre del mismo año de 1599, ya que don Francisco no asistió el 4 de este mes a la entrega de títulos a los graduados de su promoción y no se matriculó en la Universidad hasta el 16 de noviembre, mientras que en los cursos anteriores lo había hecho el 20 de octubre (FBV 1.023a y 1.024a).

El duque debió de recobrar la libertad a principios de 1600, ya que había estado, desde su salida de Arévalo, en Osuna, en Sevilla y «en otras partes», aprovechando abusivamente la licencia real, por lo que se pensaba en hacerle «recogerse» de nuevo, según el citado apunte de Cabrera de Córdoba, fechado el 6 de mayo de 1600.

La situación de Quevedo debió de mejorar bastante después de la intervención de doña Catalina. Aunque perdió el curso 1600-1601, siguió estudios universitarios a partir del curso siguiente, lo que hace pensar en cierto grado de atenuación de su confinamiento, que le permitió una notable fecundidad literaria en este período.

Puede ciertamente objetarse que los fugitivos pudieron ser detenidos antes de salir de Alcalá o que, incluso habiendo logrado escapar, pudieron hacerlo hacia otro punto, lo que no es imposible, dada la escasez de documentación disponible y la necesaria discreción en un caso tan grave y en el que andaba mezclado un Grande de España.

Todos los indicios apuntan, sin embargo, hacia la huída hasta Sevilla y Osuna. El mismo Lisón y Biedma afirma haber visto al autor de *El Chitón* «...pasearse en el Corral de los Naranjos de Sevilla y estar en rueda con los rufianes y gente desalmada...» y «...en el Portalejo de San Román (no dentro de la iglesia)...» (Vida, 589).

El tono polémico y la falta de precisión cronológica debilitan en cierto grado la fuerza del testimonio. Por otra parte es lástima que Astrana Marín, al ocuparse del viaje de 1624, no documentase su afirmación de que «...don Francisco saludó en la ciudad de Betis, no visitada por él desde los turbulentos días de estudiante, a los muchos amigos que en ella tenía.» (ib. 351), porque ignoramos si tuvo alguna noticia más concreta de este temprano viaje y estancia sevillana, con la que podría tener relación la alusión de don Pedro a la posibilidad de ir con don Francisco tras el padre Fr. Juan, «a las eras» de las tierras del duque en Osuna, con su artículo definido, como correspondería a un lugar perfectamente conocido por Quevedo.

Recordamos una vez más que Astrana insiste en la misma idea en su tan conocido *Epistolario:* «Quevedo visitó a menudo a sus amigos de la ciudad de Betis...». *A menudo,* escribe, aunque no esté documentado suficientemente más que el viaje de 1624. Dado el carácter del duque, no hay duda de que don Francisco no habría sido abandonado a su suerte. También resulta natural que se confinase a don Pedro en Arévalo, lejos de Sevilla y Osuna, escenarios tradicionales de sus «travesuras».

Durante su estancia en Sevilla, en las cercanías de la Cárcel Real, del Patio de los Naranjos, de la «Heria» o de San Román, hubo de conocer Quevedo personalmente a los modelos vivos inspiradores de alguna de sus jácaras más tempranas, como la del Escarramán, redactada hacia 1611 (Bl. 849, nota), o de los iniciadores de don Pablos, en *El Buscón,* en el último capítulo de la novela. Parece éste escrito con recuerdos recientes del paso del autor por aquellos escenarios, en los que el protagonista aprende a soportar el «culebrazo bravo» típico de la cárcel sevillana, a adoptar los ademanes del perfecto rufián y la fonética de la H aspirada, a la que alude en diversas ocasiones.

A Sevilla venían, en efecto, a doctorarse en jacarandina los pícaros originarios de otros puntos de España. La ciudad era una mezcla de miseria y riqueza, una combinación heterogénea y sorprendente que inspira a los escritores contemporáneos —Cervantes, Rojas, Alemán, Espinel...— y que es objeto de una detallada descripción en la obra de Herrera Puga (SD, cap. III: *La doble verdad de Sevilla en tiempo de los Austrias,* p. 58-73). La Sevilla aquí descrita es menos deslumbrante que la de la loa inicial del *Viaje entretenido.*

Carlos Petit Caro considera necesario advertir que Sevilla no es solamente el Patio de los Naranjos o el de los Olmos, San Román o la «Heria», refugio de los rufianes de toda España: «Cual nuevo Jano, Sevilla presentaba dos caras: la pícara, paraíso del hampa y mal vivir, y la ciudad recogida, silenciosa y trabajadora...» (CP, 3).

A Quevedo, como motivo literario, le impresiona más la primera, inspiradora de las jácaras más jugosas, en las que hay unas quince citas de la ciudad y en las que nombra a rufianescos personajes, perfectamente reales y conocidos por él antes de la jornada real de 1624.

Las descripciones de Suárez de Figueroa, del hampa sevillana, ya citadas por Herrero García (HG, 194), guardan semejanza indiscutible con las de Quevedo en el final de *El Buscón* y en las jácaras. La pronunciación de la J y la H, la costumbre de beber y la predisposición para pelear una vez bebidos, la agrupación por barrios, todo forma parte de los rasgos que caracterizan esta Sevilla, donde están las autoridades adecuadas a ciertas pesquisas etimológicas: «No le digo que averigüe la propiedad de la voz «ramera» —escribe al P. Pineda— aunque en Sevilla, en el Corral de los Naranjos y en la Heria, se hallarán graves autores que lo declaren.» (FBP, 391a).

El tema del habla andaluza aparece temprano en su pluma como tema interesante y el recuerdo de Sevilla está presente desde muy pronto: «... hablan a lo sevillano, dicen vuacé, so compadre, so camarada, y llaman «media hanega» a la media azumbre. Son grandes estudiantes de jerigonza...» (FBP, 55b). Si la datación de la *Vida de Corte* y de las *Capitulaciones matrimoniales* por Astrana en 1699 se confirma, su redacción habría sido coincidente o muy poco posterior a la estancia en Sevilla que nos ocupa. Repitamos también que el *Escarramán,* aunque editado en Barcelona en 1613, ya estaba redactado hacia 1611 y en 1612 había sido ya «vuelto a lo divino» (Bl. III, 261-262; IE, 103).

Todos estos conocimientos tempranos de los escenarios y personajes del hampa sevillana, de los ambientes carcelarios, las amistades sevillanas anteriores al viaje de 1624, considerados en detalle, no parecen producto exclusivo de sus conversaciones con el duque de Osuna desde 1599 en Alcalá, sino que hacen más fuerte la convicción de una visita temprana. Si ésta se confirma definitivamente, dispondríamos de nuevas perspectivas para comprender la temática sevillana de Quevedo en aquellos años, su relación con el duque, el contenido de las jácaras y su fecundidad literaria en la misma época.

3.— LA JORNADA REAL DE 1624

La inesperada llegada del príncipe Carlos Estuardo a Madrid, en compañía del marqués —pronto duque— de Buckingham, tendría para don Francisco, preso en su aldea, consecuencias igualmente imprevistas.

En primer lugar, su libertad. Aunque no lo hemos visto señalado, la fecha de su liberación coincide significativamente con las medidas de gracia concedidas por el gobierno con ocasión de la venida del regio visitante y acordadas en el décreto real de 22 de marzo de 1623 (CIE, 130 y DP 185) y con las palabras de Tarsia sobre el tema: «Por marzo después, del año siguiente, le concedieron licencia de entrar en la corte, dándole por libre...» (AMV, 764a).

La segunda consecuencia, tras el fracaso de las pretensiones del príncipe a la mano de la princesa María, será un viaje de dos meses por Andalucía, en el cortejo de Felipe IV y en compañía de prestigiosos aristócratas cuya simpatía interesa a Quevedo en unos momentos en que ha perdido el patrocinio del duque de Osuna, preso y en desgracia.

Otra consecuencia sería la redacción de su *Comento* contra Ruiz de Alarcón, pero esto queda al margen del tema que nos ocupa.

Mientras que ignoramos la duración del anterior viaje andaluz, sí que conocemos con bastante detalle el itinerario de este recorrido, lo que nos dispensa de un relato muy detallado.

Si el recuerdo del viaje anterior está presente en *El Buscón,* algunas jácaras y otras obritas festivas, la visita del príncipe inglés y la posterior jornada real por Andalucía pueden haber influído en la situación de un escrito poco estudiado: *Mundo caduco y desvaríos de la edad, desde 1613 hasta 1620.* El tono en que era tratado en él Federico, Elector Palatino y esposo de la hermana de Carlos Estuardo, podía resultar inconveniente en aquellos momentos. La posibilidad de una alianza con Inglaterra, por otra parte, va siendo aceptada por don Francisco quien, en *La Hora de todos,* pone en boca del monarca inglés palabras reveladoras: «No halla la confederación con quien juntar mis filos... si no es con el rey de España... Advierto, empero, que la restitución del Palatinado me tiene empeñada la sangre y la reputación... Y por mí sospecho que el rey de España no habrá olvidado mi ida a su Corte, pues no olvido yo mi vuelta a la mía, de que es recuerdo la entrada de mis bajeles en Cádiz. Yo querría volver a cerrar en sus orillas al Rey Cristianísimo, que con grande avenida ha salido de madre...» (FBP, 264b). Para ello propone la alianza con España frente a Francia.

El contacto directo más prolongado y más documentado de Quevedo con Andalucía tuvo lugar, pues, en 1624, con la comitiva real. A nivel de amena divulgación, con suficiente bibliografía, Deleito y Piñuela ha incluído una síntesis breve y expresiva sobre la estancia de Carlos en Madrid y sobre las vicisitudes posterio-

res de la jornada de Felipe IV por tierras andaluzas en su libro *El Rey se divierte* (pp. 183-198 y 276-294). Igualmente asequible al gran público no especialista es la obra de Puyuelo y Salinas, perfectamente documentada (CIE).

La parte inicial de la jornada, por campos manchegos, desde Madrid al límite de Jaén, ha sido igualmente objeto de la atención de la malograda investigadora Isabel Pérez Valera (*Lanza,* Ciudad Real, domingo, 14 de abril de 1974), utilizando sobre todo el manuscrito de Herrera y Sotomayor, que documenta el relato de Deleito y Piñuela.

Habiendo dejado atrás la Mancha y Sierra Morena y después de la comida en una venta próxima a Villamanrique, entraba la comitiva en Andalucía y pasaba por Santisteban del Puerto, para ponerse en camino hacia Linares, en condiciones climáticas especialmente díficiles por el lamentable estado de los caminos, convertidos en barrizales intransitables, lo que duraría los once primeros días de la marcha y que proporcionaban a don Francisco materia para sus ingeniosos comentarios. Por si fuera poco, el carruaje en que viajaban el Almirante de Castilla y sus amigos, Quevedo entre ellos, sufrió un aparatoso accidente, humorísticamente comentado por Quevedo, eufórico en tan ilustre compañía, a la que procura divertir con sus indudables recursos, en competencia con el toledano Gaspar de Bonifaz, casado con una sevillana, cuyas bromas, a veces poco sutiles, no siempre parecen divertir a sus compañeros.

Llegados a Andújar, redacta su conocida carta al marqués de Velada y San Román, el jovial cuñado del duque de Medinaceli, incluyendo ingeniosos chistes sobre las condiciones del viaje y sobre sus amigos o acompañantes (E. 113-119). No hay notas sobre el paisaje andaluz; apenas leves pinceladas, muy expresivas, para determinar el escenario en el que se mueven unos personajes que le interesan: el vehículo queda atascado «en una cuesta que tienen los de Linares para cazar acémilas y coches»; en Linares andan pregonando al Patriarca «entre pantanos» producidos por «la gran creciente del Guadalquivir». Los anteojos de Quevedo están más enfocados hacia las personas que hacia el paisaje.

Después de la estancia en El Carpio, ya despejado el tiempo, se encaminan hacia Córdoba, con el reciente recuerdo de los festejos ofrecidos por el marqués. En realidad todo el viaje fue una serie de festejos en honor de la regia comitiva. En la Córdoba de Séneca, de Lucano y de Góngora, las fiestas continuaron y tuvo lugar una corrida de toros más, a pesar de la austeridad del día: viernes de la Semana Santa. De allí se dirigieron a Sevilla, el puerto fluvial del Guadalquivir. Quevedo, que conocía el nacimiento del río junto al Yelmo, cerca de Segura de la Sierra, y que le había dedicado unos conocidos versos, contempla de nuevo unos lugares ya conocidos un cuarto de siglo antes.

Sevilla acogió a los viajeros a mediodía del 28 de febrero, a los veinte días de su salida de Madrid, aunque la entrada oficial tuvo lugar al día siguiente, 1° de marzo. Las fiestas y excursiones durarían hasta el 13 de marzo, momento en que la comitiva abandona la cuidad, camino de Doñana.

Uno de los festejos fue la «máscara», conducida por el duque de Alcalá, quien salió de la residencia del duque de Medina acompañado de numerosos caballeros. Esta ilustre familia mantendría con Quevedo cordiales relaciones hasta el fin de los días del escritor. El duque de Alcalá era el padre de las esposas de los dos protectores de don Francisco, el duque de Osuna y el de Medinaceli.

No es admisible, pues, que pudiese referirse a esta visita la afirmación de Lisón y Biedma que hemos citado. Más que estar «en rueda con rufianes y gente desalmada», es fácil suponer que, en esta ocasión, buscase don Francisco más distinguida y prometedora compañía que la de los pobladores de los antiguos escenarios, más adecuados a unos fugitivos de la justicia, deseosos de pasar inadvertidos.

Suele afirmarse que durante estos días hizo el pintor Pacheco su conocido retrato. Y, por supuesto, visitaría a sus varios amigos, a los que Carlos Petit dedica el epígrafe «Quevedo y sus amigos de Sevilla» (CP, 10-14) y a los que más tarde nos proponemos volver.

Trece días de estancia permiten, sin embargo, visitar la mayor parte de los rincones sevillanos y el escritor madrileño no debió de desperdiciarlos. Pero su fin de semana triunfal debió de ser el sábado 16 y el domingo 17 puesto que en estos días se estrenó su entremés *El zurdo alanceador,* según explica Eugenio Asensio (IE, 238-239). La protagonista, María de Córdoba, llamada *Amarilis,* había sido contratada con su compañía, igual que la de Tomás Fernández, por el opulento duque de Medinasidonia para esta solemnidad, porque sabía la afición del monarca por la farándula. Quevedo la conocía de Madrid, por haber intervenido en alguna alegre y escandalosa reunión a la vuelta de Nápoles del duque de Osuna.

Faltaba todavía la culminación de los incesantes festejos con las celebraciones del bosque de Doñana, en medio de una aglomeración de más de 12.000 personas. Existen deslumbradoras descripciones de las cacerías, actuación de bufones, obsequios valiosos, abundancia de toda clase de abastecimientos... Todo ello por un importe de unos 600.000 ducados, ostentoso dispendio que inspira a Deleito y Piñuela unas palabras de sorpresa: «¿Quién diría que diecisiete años más tarde aquel obsequioso y manirroto, por cortesanismo, duque de Medina Sidonia, acusado de querer alzarse con el trono de Andalucía, iba a ver malparado el prestigio de su blasón con el vejamen de una cárcel y una fuerte multa? Y aún le salvaron la vida su alcurnia y su parentesco con el Conde-Duque.» (DP, 291).

El regreso no seguiría, como la venida, el curso del Guadalquivir. El día de San José salieron de Doñana hacia la playa para embarcarse en dos falúas. Sanlúcar, Cádiz, Medina Sidonia, Tarifa y Gibraltar sería las siguientes etapas del recorrido. El último día de marzo entraron en Málaga. De allí, sin apenas detenerse, siguieron hacia Antequera y, el día 3 de abril, llegaron a Granada: la Alhambra serviría de hospedaje al monarca.

En esta misma Alhambra, según el ya citado Lisón y Biedma, habría tenido lugar un turbio episodio de apaleamiento de «un pobre hombre», acción que el economista granadino atribuye a Quevedo, «ayudado de otros tres o cuatro valerosos amigos» (Vida, 592). Nada se sabe sobre las circunstancias de este suceso, ni siquiera si de trata de algo real o si, en tal caso, se situaría durante los ocho días de permanencia en Granada de la real comitiva, puesto que no parece la única visita de Quevedo a esta ciudad (Vida, 404).

El cortejo pasó esta vez por Baeza, donde permaneció en la noche del día 12, antes de salir de Andalucía y entrar en Castilla por Venta Nueva, donde comió Felipe IV, y continuar por Manzanares, Villarta, Madridejos, Tembleque, Ocaña y Pinto, y entrar de nuevo en Madrid el 19 de abril del mismo año, dos meses y medio después de haber abandonado la corte.

Es de suponer que en los archivos de los diversos lugares del recorrido se conserven aún noticias inéditas de la estancia en ellos de tan distinguidos e inusuales visitantes.

4.— EL ULTIMO VIAJE NUNCA REALIZADO

El epílogo de estas primeras páginas puede resultar particularmente emotivo. Fuera ya de San Marcos, Quevedo ha recobrado la libertad, pero su salud ha quedado muy quebrantada y el ambiente madrileño le resulta extraño. Le falta la presencia y ayuda del duque de Medinaceli, desterrado en Sanlúcar con el pomposo título de capitán general de la Mar Océana y costas de Andalucía. Sale por última vez de Madrid y se encamina trabajosamente hacia las cercanías de Sierra Morena, consiguiendo llegar a la Torre de Juan Abad en un estado lamentable: le duele el habla y le pesa la sombra, como él mismo escribe (E, 471).

Apenas le sirve de consuelo el éxito indudable de su *Marco Bruto* (E, 473) y sólo espera reponerse para trasladarse a Sanlúcar, con el duque, después de pasar por Granada, de donde es arzobispo su concuñado don Martín Carrillo de Alderete. Pretende recobrar unos baúles y un arca dejados en depósito y que necesita llevar consigo, «... que su excelencia me da gran prisa que me vaya a convalecer a Sanlúcar, y me es fuerza llevarlos conmigo» (E, 475). Acaba 1644 y se encuentra, según escribe a don Sancho de Sandoval, «pobre y mendigo de solemnidad». La muerte de la duquesa de Medinaceli lo sume en mayor desconsuelo y transmite su sincero pésame a su amigo y protector.

En principio tiene Quevedo dudas sobre la conveniencia del clima de Cádiz para los hijos del duque, «engendrados en tierra tan opuesta y fría», mientras que Sanlúcar es «tierra tan caliente y con vientos de la mar» (E. 487).

Por consejo médico acepta momentáneamente abandonar el proyecto de ir a Granada y a Sanlúcar y admite —marzo de 1645— la posibilidad de ir a Tole-

do: «Si Dios quisiese que por mediado de abril pudiese yo ponerme en camino, podría ser que en Toledo con el amigo me rehiciese». Pero don Alvaro de Monsalve estaba ya por entonces demasiado enfermo, por lo que el proyecto es enseguida abandonado.

Desde primeros de año se encontraba en Villanueva de los Infantes, a donde había decidido trasladarse en Navidad del año anterior: se iría allí «hasta que la primavera me de paso para irme a convalecer al Andalucía.» (E, 478).

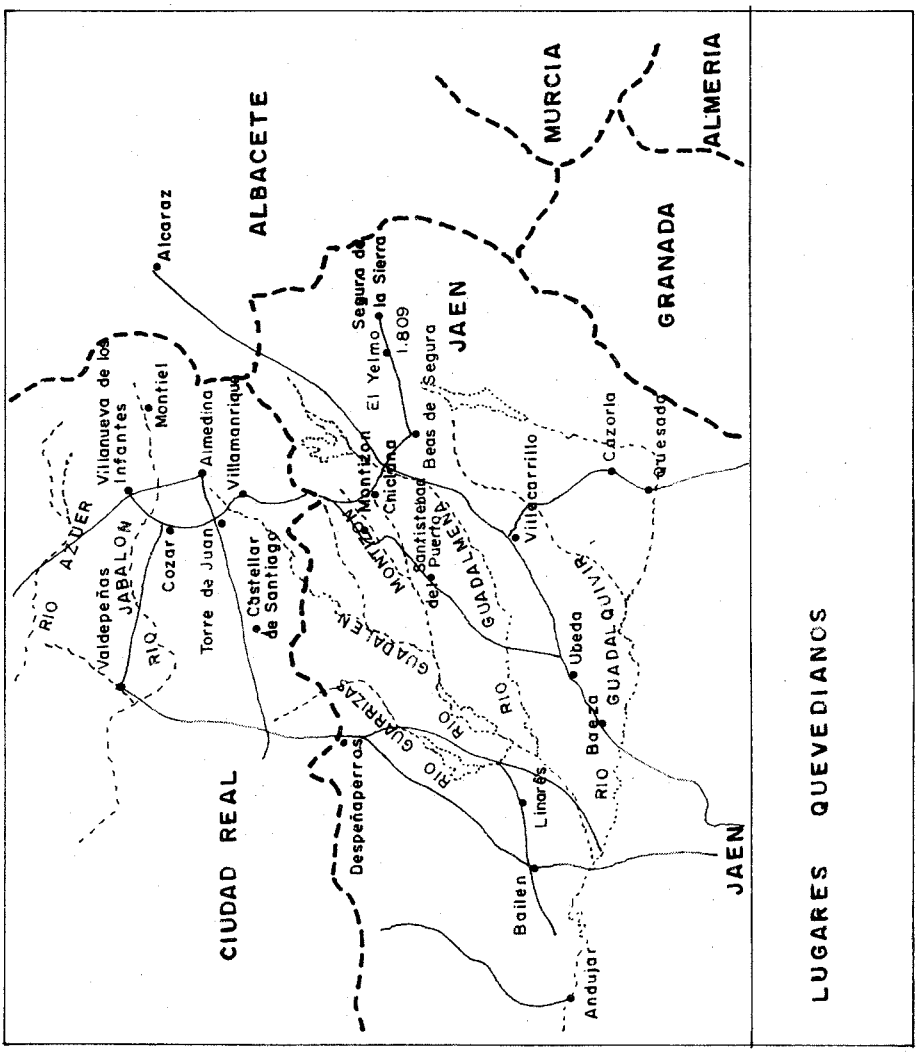
Ha vuelto al proyecto primitivo y este próposito va convirtiéndose en idea fija y última esperanza de recuperación. Apenas repuesto parcialmente de la crisis provocada por el «tabaco en humo», vuelve a soñar con la lejana y cálida Andalucía gaditana. Ya no piensa en Toledo, con mejor camino y con un «cielo, aunque no tan regalado como el de Granada, de mejor temple para mi natural.» (E, 493). Aunque no se detendrá allí mucho tiempo «porque el temple de Granada y humedad de las aguas detestan los médicos y cirujanos y aprueban el temple y aires de Toledo» (E, 494).

El 13 de junio sigue con el mismo propósito y lo reitera de nuevo en cartas a don Francisco de Oviedo. Pero su salud tampoco mejora en Villanueva de los Infantes, donde se encuentra impaciente e incómodo: «Yo no deseo cosa como salir deste lugar», escribe el 27 de junio.

A principios de agosto vienen sus sobrinos de Granada, con regalos del arzobispo. Vuelve una vez más don Francisco a su ilusión y devuelve a sus sobrinos, «para que Pedro me aguarde allí, porque he determinado, en estando bueno, ir allá en la litera del señor arzobispo, sin ser posible excusarlo; y desde allí llegarme, antes que llegue el hivierno, a Sanlúcar, a besar la mano del duque mi señor» (E, 500). Le quedaba un mes de vida.

En la penúltima carta del *Epistolario,* escrita pocos días antes de su muerte, aún conservaba la esperanza de ver de nuevo el sol de Andalucía: «Espero en Dios y en su bendita Madre, que he de esforzarme muy presto para pasar a Granada, y desde allí a Sanlúcar a ver a mi amo y a sus hijos.» (E, 504). La carta lleva fecha de 29 de agosto.

Diez días más tarde fallecía Quevedo en Villanueva de los Infantes sin haber conseguido realizar su última esperanza de anciano que siente próximo ya el frío de la muerte.


ALBACETE
MURCIA
ALMERIA
GRANADA
JAEN
CIUDAD REAL
JAEN
LUGARES QUEVEDIANOS
Alcaraz
Segura de la Sierra
El Yelmo
1.809
Beas de Segura
Villanueva de los Infantes
Montiel
Almedina
Villamanrique
Montizon
Chiclana
Santistebas del Puerto
Villacarrillo
Cazorla
Quesada
Valdepeñas
Cozar
Torre de Juan
Castellar de Santiago
Ubeda
Baeza
Linares
Bailen
Andujar
Despeñaperros
RIO AZUER
RIO JABALON
RIO GUADALEN
RIO GUARRIZAS
RIO GUADALMENA
RIO GUADALQUIVIR

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AMV y AMP = *Quevedo, Obras completas,* ed. de Luis Astrana Marín. T.I. (verso), Madrid, 1943. - T. II (prosa) Madrid, 1945. Edit. Aguilar.

Bl, nº = *Poesía original* de Quevedo. Ed. Planeta, Barcelona, 2ª edición, 1968. Y *Obra poética,* en 4 vols., Ed. Castalia, con la misma numeración los poemas de Quevedo. Se cita por el número.

CC = Luis Cabrera de Córdoba: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614,* Madrid, 1857.

CP = Carlos Petit Caro: *Sevilla en la obra de Quevedo.* Archivo Histórico Hispalense, 2ª época, núms. 18, 19 y 20. Sevilla, 1946.

CIE = Carlos Puyuelo y Salinas: *Carlos de Inglaterra en España.* Madrid, 1962. Ed. Escelicer.

DP = José Deleito y Piñuela: *El Rey se divierte.* Espasa-Calpe. Madrid, 1964.

E = Luis Astrana Marín: *Epistolario completo de don Francisco de Quevedo Villegas.* I.E. Reus, Madrid, 1946.

FBV y FBP = *Quevedo. Obras completas,* ed. de Felicidad Buendía. Ed. Aguilar. - T. I (prosa), Madrid, 1961. - T. II (verso), Madrid, 1960. Edición más asequible que la de Astrana Marín.

RG = Miguel Herrero García: *Ideas de los españoles del siglo XVII.* Gredos, Madrid, 1966

IE = Eugenio Asensio: *Itinerario del Entremés.* Gredos, Madrid, 1971.

QQA = Antonio López Ruiz: *Quevedo: quince años y medio de prisiones,* en los *Anales* del Colegio Universitario de Almería 1982. Almería, 1984.

SD = Pedro Herrera Puga: *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro.* BAC, Madrid, 1974.

SS = Francisco Ariño: *Sucesos de Sevilla desde 1592 a 1604.* Sevilla, 1873.

Vida = Luis Astrana Marín: *La vida turbulenta de Quevedo.* Ed. Gran Capitán. Madrid, 1945.